

Cuando el capullo se convierte en flor y esa flor es una rosa (como alcanzar la madurez moral, más allá de Piaget y L. Kohlberg)

Se mantiene por parte de muchos autores que el ser humano no viene a este mundo con inclinaciones determinadas, por lo que, como diría Watson, "darme a un niño y haré de él lo que quiera: un filántropo, un asesino, etc.". Pero este tipo de casi infinita maleabilidad me parece indemostrable. Tampoco me parece demostrable la posición de Piaget o Kohlberg respecto a la espontaneidad con que el ser humano se transforma, de egoísta en convencional, de convencional en un agente de principios. La tesis que se mantiene aquí es que el ser humano es maleable hasta cierta medida, por lo que se necesita un proceso educativo ilustrado en que la empatía tenga un papel preponderante, para conseguir que los individuos inicialmente capullos, que pueden florecer o malograrse, se conviertan en rosas esplendorosas, alcanzado su excelencia tanto a nivel de conducta individual como de colectiva.

Palabras clave: Educación, convencionalismo, ética de principios, desarrollo moral.

*Para Roy, que con sus actos y sus palabras
me enseña ética cotidianamente.*

El título un tanto pintoresco de este trabajo responde al deseo de comunicar mi concepción de la ética en un lenguaje comprensible, a ratos poético y metafórico, a veces más académico, pero siempre con la intención de ser clara, sencilla y razonable en mis afirmaciones.

Hace muchos años, escribí un libro pequeño que se llamó *Ética sin religión*, en donde hacía una propuesta para la formulación de una ética, que superase a un tiempo los tibios relativismos éticos, y las radicales y contundentes declaraciones provenientes de las éticas dogmáticas, mal llamadas "éticas" por cierto, ya que se trata simplemente de "morales", a veces carentes de fundamentación filosófica.

De partida quiero dejar claro que "ética" y "moral" son dos conceptos totalmente distintos, como debería ser bien sabido. Pero veces en este país se dan ejemplos alarmantes de desconocimiento de lo que es la moral -las normas positivas procedentes del código deontológico, la costumbre, lo supuestamente pactado, etc., normas más o menos convenidas en un sociedad particular, o incluso con carácter universal-. Y lo que es la ética, que consiste en la tarea de justificar y promover validas normas nuevas, con vistas no sólo al presente sino al futuro, no sólo válidas en Atenas, sino también en Esparta apelando a la vindicación lógica de valores, derechos, etc.

En España con demasiada frecuencia las autoridades eclesiásticas, y algunos devotos fieles, afirman apresuradamente, ante la fragilidad que acompaña a los valores tradicionales triviales y accesorios, que estamos desprovistos de valores. Y eso no es cierto, ya que los seres humanos por naturaleza y convención, somos *animales morales*, aunque pocas veces seamos, -así es la triste y lamentable situación-, *animales éticos*.

En una célebre controversia entre los iusfilósofos Devlin y Hart, el primero proclamaba que la disolución o desaparición de las normas vigentes suponía la desaparición de “La Sociedad”, a lo que Hart replicaba (correctamente según mi opinión) que el cambio de normas supone el cambio de UNA sociedad, mejorando sensiblemente (ésta es mi optimista apreciación) la concordia y la convivencia a fin de que el capullo, que es solo flor en germen, se convierta en esa flor esplendorosa que yo represento con la rosa roja, agarrada con fuerza en un puño que no puede matar, insultar, ni maltratar al supuesto “enemigo”, sino solo obsequiarle con el diálogo, la amistad y la cooperación voluntariamente asumidas.

Hay algunos autores, pensemos en Piaget y L. Kohlberg, tan optimistas que afirman que los seres humanos evolucionan moralmente, por así decirlo, de un modo natural. *El criterio moral en el niño* de Piaget parte de la idea de que nos transformamos naturalmente de seres egoístas, a seres convencionales que obedecen las reglas de juego, para a los 13 años, aproximadamente, devenir en criaturas cooperativas.

Esta idea desarrollada por Kohlberg, ofrece un atractivo innegable. Pero, a mi modo de ver, no pone el énfasis debido en el proceso de “habitación” en la virtud, como reclamaría el filósofo costarricense Roy Ramírez, (siguiendo a Aristóteles y, posiblemente a Dewey). Partícipe del optimismo de Kohlberg, el alemán Habermass, en *La reconstrucción del materialismo histórico* trata de mostrar (¡ojalá no se equivocase!) que las sociedades evolucionan éticamente para alcanzar los grados de autodeterminación y cooperación amistosa entre los pueblos.

Desde mi punto de vista, que se ha ido forjando tras la lectura de la mayoría de los éticos clásicos, particularmente Platón, Hume y Mill y de los textos contemporáneos desde Hare a Peter Singer, sin olvidar a los defensores de los derechos humanos que tratarían de ser “trumps” (triumfos) sobre las consideraciones del bienestar social.

Lo que considero apremiante es proporcionar valores positivos para superar este tipo de vacío axiológico, de ausencia de valores éticos, que distinguiré de los valores meramente morales. En efecto, todo ser humano vivo es un animal moral, en el sentido que precisa de normas y costumbres para desarrollarse como conciudadano. A diferencia de los animales no humanos, sin embargo, la conducta humana no tiene que ser gregaria, como denunciará Séneca, por poner un solo ejemplo. De hecho es un común factor subyacente a todo tipo de filosofías el desembarazarse de la mera costumbre, por intereses ilustrados, o el invitar a los seres humanos a ser autónomos, capaces de diseñar sus propias reglas. El optimismo de Kohlberg (desarrollando las tesis de Piaget) ha tenido gran influencia en la ética contemporánea, como puede verse en la obra de Rawls, o en los trabajos de Habermas, especialmente en el ya citado *La reconstrucción del materialismo histórico*.

En el ámbito de la psicología también prevaleció por algún tiempo la tesis conductista de Watson que afirmaba cosas así como “Dadme cien niños (y

niñas) y los convertiré en malefactores, filántropos, etc., según yo los condicione”.

Me parece más acertada la propuesta de J.S. Mill o de su ahijado el Nobel Bertrand Russell, tesis ya apuntada por los anarquistas clásicos, y en cierto modo por Spinoza, Hume, y como no, Aristóteles y Platón. Incluso el pesimista antropológico Kant, veía con cierta esperanza la transformación de los seres humanos (naturalmente egoístas, según él), en seres racionales, obedientes a la Razón Pura Práctica.

Sería fatigoso recorrer ahora, en este breve tiempo, la historia de la filosofía, la literatura, la antropología y la psicología. Pero echando solo un vistazo a pequeñas aportaciones, vemos que por ejemplo la obra de Dostoievski, *Crimen y castigo*, es una obra de redención a través de amor, un corazón genuinamente ético puede transformar al amado mediante no solo sus palabras sino especialmente sus hechos.

Me centraré aquí en las relaciones de la ética laica, -pues que otra cosa puede ser a ética sino laica-, como parte que es de la filosofía, con las normas y prejuicios de la moral establecida, con las normas positivas del derecho y por último con las creencias y dogmas religiosos.

Para empezar esta breve excursión permítaseme hacer un sucinto elogio de los seres éticos (versus seres morales), que la ética auspicia frente a las otras disciplinas morales. Fue Epicuro quien dijo: *“Vana es la palabra del filósofo que no remedia ningún sufrimiento humano”*. Epicuro dejó breves pero deliciosos fragmentos muy densos que anticipan el estilo particularmente atractivo del trabajo de Edgar Roy Ramírez-Briceño, *Apuntes éticos*, publicado por la Universidad de Costa Rica este año de 2010.

Personalmente, y coincidiendo con el Profesor Ramírez-Briceño, considero que la filosofía moral tiene que entregarse a dos o tres objetivos insoslayables: Mitigar el dolor humano, sin exclusiones por razón de raza, etnia, sexo, nacionalidad, etc., y despertar a la vida, la belleza, la excelencia y a la concordia y amistad universal. Con palabras del inolvidable Epicuro: *“La amistad danza por toda la tierra y como un heraldo anuncia que despertemos para la felicidad”*.

Despertar, ayudar a despertar, comprender, ayudar a comprender, y por encima de todo amar, ayudando a amar, a todos los seres por aborrecibles y odiosos que nos parezcan. En este sentido tendría cierto grado pequeño de Razón el pesimista que muestra pasión humana, de amor práctico, pues a diferencia del amor patológico, este tiene que obedecer a la Razón no empíricamente condicionada.

Esta Razón Pura no empíricamente condicionada vendría a ser algo así como el Dios de los dioses, ya que el propio Dios cristiano tendría que ceñirse a sus mandatos. Pero Kant erraba totalmente cuando no era consciente de que la razón no puede ni debe ser nunca “pura” sino que es racional y razonable; como diría Jesús Mosterín, es aquello que utilizo para realizar mis metas individuales y sociales, y de manera más matizada, fue mantenido por el insigne barcelonés universal José Ferrater Mora, cuando afirma en de la materia a la razón, que la formulación de la Falacia Naturalista fue asimismo falaz, ya que lo material y lo racional tienen que ayudarse mutuamente, constituyendo ese “continuo de continuos que es el mundo”. La ética, para Ferrater, sería el escalón final, el eslabón último en la escalera hacia un mundo de valores humanos, el eslabón último en la cadena de

razonamientos que nos lleva a afirmar que es preferible vivir a no vivir, no sufrir a sufrir, o ser libres y no esclavos. Que yo sepa, apenas se ha prestado atención en el ámbito hispano a esa magnífica contribución de este insigne barcelonés.

Desde mi punto de vista la ética contemporánea ha sufrido un descalabro significativo en el siglo XX, aunque ahora, en los inicios de siglo XXI hay indicios de una concepción atractiva, coherente. y gratificante de los valores. No creo ser demasiado ingenua si sueño, como lo hago en el epílogo de la reciente 2ª edición de *Introducción a la ética*. Se hace necesario superar el nihilismo y el escepticismo que solo dan paso a una ética nuevamente dogmática. Se precisa de éticas razonadas en función de los intereses humanos. Como ya he indicado en otro lugar, tal vez en uno de mis primeros libros, -en *Razón y pasión en ética*, probablemente-, somos animales morales irremediabilmente y no nos queda otra opción que clarificar nuestros valores, hacer nuestra elección. Puesto que somos animales con psique y con cerebro y capacidad de reflexión, puesto que -como la Profesora Krause, entre tantas otras, y tantos otros, ha proclamado- somos animales “sentimentales”, al tiempo que razonables, se hace preciso replantearse las normas de la convivencia, redefinir en qué consiste la excelencia (*Areté*), así como la concordia entre todos los pueblos.

Tal y como yo lo veo, existen algunos tipos peculiares que representan la mayor parte del pensamiento ético-político del siglo XX. Por una parte estaría el Wittgestein del silencio sobre los valores -cuando la vida buena exige comunicación-, el imperativismo de Ayer, -que nos priva de la razonabilidad de nuestras creencias éticas, y nos lleva a un escepticismo que nos induce a la molicie moral, y al desenfreno de nuestras pasiones violentas, con menoscabo de nuestras “*calm passisons*” (nuestras pasiones tranquilas), como diría Hume-.

Se recurre ahora a un tipo de ética “mínima”, de corte liberal más o menos progresista, como en el caso de Rawls o de Dworkin, o en ocasiones a un nuevo dogmatismo conservador, como en las propuestas de Nozick tendentes a la constituir un “estado vigilante nocturno” que impida el daño violento, pero que no propicie en absoluto la excelencia, la generosidad, ni la donación gratuita de nuestros afectos.

No creo exagerado decir que los filósofos de la moral y de la política, así como los juristas, se han movido, hasta hace muy poco, en una órbita estrechamente “kantiana”, aunque a Kant no podría gustarle en absoluto el servilismo de la razón a los intereses humanos. Ya en el libro que coordiné sobre la ética kantiana, que lleva el título un tanto llamativo de *Esplendor y miseria de la ética kantiana*, en el capítulo que me correspondía, critiqué a Kant por su visión exclusivamente masculina de la ética. Aunque pueda sonar reiterativo, creo que es necesario insistir en que, tanto la “moral femenina” como la “masculina” deben ser coordinadas y completarse mutuamente.

El siglo que acabó hace diez años fue sin duda una muestra del poder socializador que han tenido los valores típicamente “masculinos”, la búsqueda del poder, el ganar estatus económico y social. Las “virtudes” femeninas fueron mal vistas, como propias de seres descerebrados. Hasta que unas cuantas mujeres con talento extraordinario reclamaron un puesto para la “feminidad”, un lugar para el corazón y los sentimientos benévolos en ética.

Sería largo explicar como estas éticas “femeninas”, a cargo de Carol Gilligan, Amarthia Nussbaum, la Profesora Hunt, o la psicóloga Sharon, llevaron a cabo una “revolución en ética”, con base a autores alejados de la corriente contractualista presuntamente kantiana (aunque en Kant el pacto solo es admisible a nivel legal, no a nivel ético).

El futuro se nos muestra como prometedor, y los peligros del escepticismo, nihilismo y amoralismo se desvanecen ya que no sólo no todo está permitido, sino que ha nacido una Ética que nos hace disfrutar en el compromiso de hacer de este mundo un lugar paradisíaco.

Mucho se ha comentado últimamente sobre el valor de la multiculturalidad. Es sin duda razonable que cada persona tenga una personalidad propia que le venga dada de sus decisiones reflexivas; ni la moral “nacional”, ni los consensos “globales” sirven de metro para calibrar el valor de los valores asumidos. El modelo kolhbergiano terminaba siendo un ejemplo de moralidad monológica, donde cada cual, penetrando en el mundo de la razón, diseña su modo de vida.

Pretendo en este breve artículo dar cuenta de algunas propuestas que nos ayuden a realizar una ética universal, donde las diferencias en los valores sean como vestimentas y ornamentos, éticamente neutros. Propuestas que vayan más allá de la búsqueda pragmática de evitar una guerra nuclear, o de otro tipo, que nos extermine a todos por igual.

La ética que pretendo defender por supuesto que tiene en cuenta esos derechos humanos, que Mill llamaba derechos morales en el siglo XIX, o Ferrajoli “derechos de las personas para tomarse a las personas en serio” en lugar de *Taking rights seriously* como reza el título de la muy conocida obra de Dworkin.

Las diversas revoluciones sangrientas, los regímenes totalitarios todavía existentes hacen que todos quieran construir muros, en lugar de puentes, para evitar la visión ideológica y los valores culturales de otras partes del mundo. Desde mi punto de vista, el problema de la educación ética civil ha de asentarse en un par de principios que quiero condensar: Tratar a los demás imparcialmente y, sobre todo, tratar a todo el mundo como si ellos fueran nosotros y nosotros ellos, y amar en el otro el propio amor.

Estamos aprendiendo que los enunciados éticos no son defendibles mediante la pura lógica. Como Mill indicó, en su primer capítulo de *El utilitarismo*, existe una prueba tan válida como las demás pruebas lógicas: se trata de la vindicación o apelación a los sentimientos y el intelecto humano a fin de determinar qué acciones son encomiables y cuales son repudiables en el ámbito ético.

Los fallos de la ética kantiana, a pesar de su dramático esplendor, son muchos, siendo el principal no tener en cuenta las consecuencias de las acciones y decisiones de unos sujetos sobre ellos mismos y sobre todos los demás. El imperativo categórico de tratar a los demás cómo quisieras que te traten a ti mismo es una de las formulaciones del principio de imparcialidad, implícito en prácticamente uno u otro signo. Sin embargo, las éticas consecuencialistas parecen más aptas para resolver nuestros conflictos y dilemas morales. Como Javier Muguerza le reprocha a Hare -con su pretendida conjunción del utilitarismo y el kantismo- coincidiendo en el reproche que se le podría hacer al que presento el presunto ilustrado Kant: postular un trato a los demás universalizable no es sino un mandato “formal”, un requisito lógico que todas las éticas deben respetar.

Consideremos un ejemplo de aquello a lo que podría llevarnos una ética formalista. Pensemos, por ejemplo, que soy un fanático antisemita y deseo que todos los semitas sean aniquilados, incluido yo mismo, si se averiguase que yo pertenezco al grupo semita. Haced lo que queremos para nosotros, cuando actuamos con o para los demás es hacer muy poco. Hay individuos lo suficientemente fanáticos y egoístas como para desear el cumplimiento de la “forma” de la moral, aunque salgan perjudicados.

Si bien el principio de imparcialidad es éticamente útil y indispensable es sin duda alguna insuficiente. Tengo que amarme a mi mismo, a mi misma, apasionada y razonablemente, para ver en los otros prolongaciones de mi yo, que además de amar a sí misma (según Kant) requiere deseos de empatía y quiere replicar con la vida dichosa de los demás, no de acuerdo con normas fijas, o al menos, tal vez solo un poco. Sería fácil caer en el absolutismo y paternalismo si “obligamos” a los demás a ser felices a nuestra manera. En este y otros muchos sentidos es clarificador y estimulante la posición de Mill, especialmente en su obra sobre la libertad y las consideraciones sobre el gobierno representativo. Aunque existiese, afirma en esta última obra, un tirano benévolo, sabio, bondadoso etc. que supiese lo que nos convenía a todos y todas los seres humanos en particular, no comportaría la felicidad de los ciudadanos, ya que un elemento imprescindible de la felicidad MORAL es que nuestras metas sean determinadas por nosotros libremente, apoyados por los conocimientos provenientes de las artes y las ciencias.

No quiere decir con esto Mill, sin embargo, que cada quien deba vivir a su manera, como cantaba Sinatra, en una melodía que se hizo especialmente querida no hace muchos años. Es cierto que Mill llega a elogiar la “excentricidad” en su SOBRE LA LIBERTAD, pero ello se debe a que cada individuo debe, con conocimiento de causa, ilustradamente, decidir aquello que elegiría, poniéndose como única meta a la posibilidad personal de la libertad, la libertad de los demás. “Mi libertad -afirmará Mill- acaba donde empieza la de los demás.”

En un libro de textos de Educación para la Ciudadanía leía el disparatado aserto: “Tienes derecho a expresar tu opinión”, como si decir “matar es deseable” fuese tan ético como decir “causar sufrimiento es moralmente aceptable”.

UN DECÁLOGO PARA EL CRECIMIENTO MORAL

1. Ama tu plan de vida, razonado e ilustrado, por encima de los placeres pequeños e inmediatos, que podrían apartarte de tu senda hacia la felicidad profunda.
2. Ama a cada ser humano por distante que esté ideológica o geográficamente.
3. Huye de la moral convencional y procúrate una moral posconvencional de acuerdo a principios aceptados por la razón y los sentimientos morales.
4. Supera los postulados de Piaget y Kohlber, comprendiendo que no se nace ético, sino que se llega a serlo a través del proceso de socialización y motivación.
5. Disfruta de la felicidad de compenetrarte con los otros.

6. No obres por deber sino por amor.
7. Comprende que la ética está por encima del derecho.
8. Comprende que las religiones son conductas reconocidas como válidas por la razón práctica empíricamente condicionada.
9. Comprende el papel de la literatura, las artes y la filosofía en la determinación de lo valioso éticamente hablando.
10. Ámate y ama, todo se te dará por añadidura.

Estos 10 consejos se resumen en dos, ámate a ti mismo, con el corazón y la cabeza, los sentimientos y la sensatez y ama a los demás como seres que comparten sentimientos y afectos tan importantes como los tuyos. Conocer lo que nos hace felices es una tarea ingente. La felicidad no se obtiene gratuitamente sino que se conquista. En este sentido tanto Piaget como Kohlberg erraban al suponer que estamos programados para evolucionar éticamente y convertirnos en individuos que obedecen a razones, más allá de los dogmas. Por supuesto que no son de desechar los consejos de Piaget-Kohlberg, pero no hay que olvidar lo que Carol C. Gilligan advirtió acerca de la preeminencia de modelo masculino (kantiano y formalista), insuficiente para nuestro desarrollo moral. Gilligan propone una ética del cuidado, que ha tenido un notable éxito tanto en la academia como en la calle. Se ha hablado de la “inteligencia sentiente” (que siente) y se ha tomado buena nota de la aportación de C. Gilligan que pedía que se tuviera en cuenta el desarrollo típicamente femenino, donde en la etapa preconventional, la mujer obedece a los dictados de la sociedad por miedo a las represalias y el castigo, donde en la etapa convencional la mujer se pone al servicio de sus hijos y la comunidad, sin importarle los sacrificios demandados y una tercera etapa posconvencional en la que la mujer combina la satisfacción de sus propios deseos y necesidades con la contribución al bienestar de todos los demás.

Dicho en muy breves palabras: Kohlberg da por terminado el tercer nivel de desarrollo con una formulación formalista de la ética mientras que Carol Gilligan, por primera vez quizás, hace del desarrollo de la empatía la clave de demandas sensibles y sensatas de los individuos; véase, el intento de síntesis de lo sensible y lo sensato en la muy sugerente obra de Edgar Roy Ramírez-Briceño, *Apuntes éticos* ya citada.

Fernando Savater, en España, es uno de los autores que ha señalado con lucidez la importancia del amor propio, como clave para el desarrollo ético, algo que ya está presente en B. Russell, por no remontarnos más allá del tiempo. *On kindness*, es una obra de dos británicos (Adam Phillips y Barbara Taylor) sumamente sugerente en el intento de incorporar el desarrollo sentimental en el desarrollo ético. También Hunt o Martha C. Nussbaum, o Victoria Camps, Ferrater Mora (dos muy ilustres barceloneses) y yo misma, hemos luchado denodadamente en el intento de transformar a los seres humanos egoístas, en seres humanos que saben amarse, ampliando su empatía su sympathy, y alargando su capacidad de amar, al amarse amando.

Pero para que esto ocurra se precisa de una planificación revolucionaria del proceso educativo. Los valores genuinamente éticos -la empatía universal, la imparcialidad, la ilustración, el coraje y el cuidado- han de conjugarse en un proyecto de escuela y de sociedad donde se viva en el amor, la fraternidad y la solidaridad.

Pero tal vez no existan esas escuelas, esos centros educativos en tanto la sociedad y el mundo no cambien. Necesitamos un mundo sin fronteras, una España sin nacionalismos egoístas que solo operan en función de la mejora de un determinado territorio o una determinada etnia. Porque el que ama a todos, incluso los más insoportables, sabe que va sembrando estrellas de luz que nos ayudan a proseguir el camino, en ausencia del radiante Sol de la bondad infinita, de la compasión y comprensión, que como agnósticos no tenemos que disfrutar hasta la otra vida, con el fin de que podamos proclamar como lo hiciera Mill: *"He realizado mi tarea"*.

Ojalá quienes luchamos por una sociedad benefactora, sepamos ir todavía más lejos e intentemos la *"equal concern"*, la igual consideración para todos en un mundo en que la belleza de la bondad nos redima de la contingencia de nuestro destino. Porque seremos senderos de luz, inmortales para siempre, ya que nuestros actos y nuestras palabras ensancharán la cadena solidaria donde los eslabones de uno y otro tiempo, de un lugar geográfico u otro, se hermanan en el abrazo humano. Feliz día, y feliz vida, para todos.

Esperanza GUISÁN SEIJAS

Catedrática emérita de Ética y Filosofía Política de la Universidad de Santiago de Compostela (USC). Cuenta con una extensa producción académica y divulgativa, entre la que destacan *Manifiesto hedonista* (1992), *Más allá de la democracia* (2000), *La ética mira a la izquierda* (2004) o *Ética sin religión: para una educación cívica laica* (2009).